

VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del
MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2015.

Asociación libre y posición infantil.

Lutereau, Luciano.

Cita:

Lutereau, Luciano (2015). *Asociación libre y posición infantil. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-015/792>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/epma/wCM>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

ASOCIACIÓN LIBRE Y POSICIÓN INFANTIL

Lutereau, Luciano

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

El presente trabajo se propone investigar el alcance de la regla fundamental de la asociación libre a partir de la posición del niño en el dispositivo analítico. Nuestro propósito es realizar un pasaje desde el “niño” a lo “infantil”, para ubicar cómo antes que un tipo particular de clínica, la clínica con niños expone la posición analizante propiamente dicha.

Palabras clave

Asociación libre, Psicoanálisis, Posición Infantil

ABSTRACT

FREE ASSOCIATION AND CHILD POSITION

The present study aims to investigate the scope of the fundamental rule of free association from the child's position in the analytical device. Our purpose is to go from the “child” to the “childish” in order to distinguish analytic practice with children not as a particular type of clinic but rather as exposing the analyzing actual position.

Key words

Free association, Psychoanalysis, Position Child

Este trabajo se inscribe en el Proyecto de investigación UBACyT aprobado y financiado (2014-2017): “Articulación de las conceptualizaciones de J. Lacan sobre la libertad con los conceptos fundamentales que estructuran la dirección de la cura: interpretación, transferencia, posición del analista, asociación libre y acto analítico”. Director: Pablo D. Muñoz.

Comenzaremos nuestra exposición con una de las afirmaciones más importantes de los escritos técnicos de Freud. Retomar la posición freudiana nos permitirá situar la coordenada enunciativa desde la cual propondremos avanzar en los interrogantes que conciernen a la clínica psicoanalítica con niños: “He decantado las reglas técnicas que propongo aquí de mi experiencia [...]. Espero que tomarlas en cuenta ahorre muchos gastos inútiles a los médicos que practican el análisis, y los salve de incurrir en muchas omisiones. Pero estoy obligado a decir expresamente que esta técnica ha resultado la única adecuada para mi individualidad; no me atrevo a poner en entredicho que una personalidad médica de muy diversa constitución pueda ser esforzada a preferir otra actitud frente a los enfermos y a las tareas por solucionar.” (Freud, 1912, 111).

Esta indicación de Freud constituye un lúcido punto de partida. Podría decirse que no hay terreno teórico en el que haya menos consenso entre psicoanalistas. A diferencia de la clínica con pacientes adultos, donde ciertas invariantes del tratamiento están más o menos establecidas —el inicio del análisis, la puesta en acto de la transferencia, los efectos de la interpretación, etc.—, en la clínica con niños siempre se encuentran las más diversas controversias: ¿cómo intervenir con un niño? ¿Qué lugar darle al juego y otras producciones como el dibujo, etc.? ¿Cuáles son las coordenadas de la transferencia a partir de la presencia de los padres u otro adulto “responsable”? En este sentido, cada analista se las arregla con su propia técnica, a sabiendas de que dicha solución responde a

su “individualidad”, es decir, esas soluciones que encuentra en su experiencia son menos una fórmula que pueda transmitirse para todos los casos que el intento de llevar el acto analítico al concepto. Y el interés de una reflexión sobre clínica siempre debería estar en poner sobre el banquillo al analista para que exponga aquello con que se encontró en la práctica, menos para defenderse de un interlocutor insidioso que pide explicaciones, que para ofrecer una perspectiva singular.

Por eso “dar razones” del acto analítico es menos intentar justificarlo —revelar por qué se hizo lo que hizo— que apostar al intercambio entre colegas. Así lo decía Lacan en el cierre de unas jornadas de la Escuela Freudiana en 1977: “El beneficio principal que se puede extraer de una reunión como ésta es el de instruirse, en resumen, es el de darse cuenta de que no sólo hay el modito de cada uno de revolver la ensalada.” (Lacan, 1977, 507) De este modo, el intento de fundamentar una experiencia es todo lo contrario a evaluar si alguien estuvo (o no) a la altura de una función anónima que sería “el analista”. Si algo así existiese, la transmisión en psicoanálisis sería mucho más sencilla —no sería necesario sino compartir algunos matemas y slogans—; sin embargo, nos encontramos con una situación muy distinta, que exige un compromiso mayor, el de “reinventar el psicoanálisis”, para utilizar la expresión de Lacan en el discurso de clausura de las Jornadas de la Escuela de 1978: “Tal como llego a pensarlo ahora el psicoanálisis es intransmisible. Esto es bien fastidioso. Es fastidioso que cada psicoanalista sea forzado —ya que hace falta que sea forzado— a reinventar el psicoanálisis.” (Lacan, 1978, 220).

En todo caso, podría decirse que cada vez que se renuncia al desafío de volver a inventar el psicoanálisis, se recae en imperativos técnicos, frases hechas y una práctica defendida en la necesidad de sentirse asegurado o validado. Dicho de otro modo, una experiencia que sólo puede leerse a través de la teoría y no en función de sus propios tiempos de constitución. La regla fundamental con los niños.

Afortunadamente, la práctica del psicoanálisis con niños es un desafío a todo intento de estandarización. Quienes trabajan (o han trabajado) con este tipo de extraños seres hablantes, saben cuán difícil es asumir una actitud impostada —“hacerse” el psicoanalista o emular algún otro semblante tranquilizador—, pero también cuán fácil es establecer una relación franca y honesta, condición básica para el cumplimiento de la regla fundamental del psicoanálisis. En estos términos, por ejemplo, es que lo entendía Freud: “Diga, pues, todo cuanto se le pase por la mente. Compórtese como lo haría, por ejemplo, un viajero sentado en el tren del lado de la ventanilla que describiera para su vecino del pasillo cómo cambia el paisaje ante su vista.

Por último, no olvide nunca que ha prometido absoluta sinceridad, y no omita algo so pretexto de que por alguna razón le resulta desagradable comunicarlo.” (Freud, 1913, 136) ¿No son acaso los niños quienes nunca se privan de decir aquello desagradable que, eventualmente, divide a los demás (a los padres, en particular, quienes suelen acusar recibo con cierta vergüenza cuando alguna sentencia llega en el lugar equivocado)? De ahí esa afirmación del saber popular que sostiene que son ellos y los locos quienes dicen siempre la verdad. O bien, ¿no se requiere de cierto tiempo para que un niño

aprenda a “guardar” secretos y, por lo tanto, silencie lo que piensa y esconda su sinceridad?

Sin embargo, esta concurrencia sería una mera comparación descriptiva –que asimila una actitud habitual de los niños y la posición del analizante– si no se la pudiera fundar en un motivo estructural. Pablo Peusner, en su libro *Fundamentos de la clínica psicoanalítica lacaniana con niños* (2006) realizó una sólida investigación del “lenguaje infantil” –diferente del lenguaje de los niños– al punto de proponer que éste era la condición indispensable del hablar en análisis. A partir de un esclarecimiento de la afirmación lacaniana de que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, Peusner considera dos hechos corrientes: a) Que el hablante, en sus dichos, suele decir más (menos, o algo diferente) que lo que quiere decir; esto es, que el lenguaje habilita la dimensión del equívoco –dimensión a la que Peusner llama “Lo dicho + a”– y que los niños disfrutaban de llevar este hecho hasta sus últimas consecuencias con la mejor de las predisposiciones: “Propónganle a un niño retomar un equívoco, ya sea de juego, de lenguaje o de dibujo, y difícilmente encuentren oposición. Justamente por su posición respecto del contenido de ‘lo dicho’.” (Peusner, 2006, 51-52) ¿Cuál es la posición de un niño respecto de “lo dicho”? El niño suele asumir una actitud despreciada; en la que no le importa tanto ser el amo de sus palabras, dando lugar a diversas irrupciones, discontinuidades o cambios de vía (que hacen que, por lo general, quien está en una posición adulta, los “reprima” diciéndoles: “Podés volver a la idea principal” –una forma verbal de decirles: “¡Quedate quieto!”). Sin embargo, si no es en la fijeza de los dichos que se busca la posición del niño, ¿a qué se debe apuntar? Para aprehender este punto cabe considerar el hecho siguiente. b) Que en los niños el acto de decir no queda olvidado tras lo que se dice –según una célebre frase del escrito lacaniano *L'étourdit* (1972)–, es decir, que en el lenguaje infantil el acto enunciativo no se desdibuja en el enunciado –como lo demuestra un conocido sueño de Anna Freud en el que ella mencionaba su nombre antes de formular su pedido de comida; aunque también, con mayor dramatismo, esas ocasiones en que los reproches de los niños apuntan directamente al interlocutor como comprometido en haber dado su palabra (de ahí que sea tan difícil deshacer una promesa con un niño frente a la acusación “Pero vos me dijiste...”). De este modo, el inconsciente estructurado como un lenguaje indica cierta situación discursiva, que ubica la coyuntura de que el hablante pueda recibir del oyente su propio mensaje invertido –a partir de lo que se escucha; he aquí un modo de entender también ese otro slogan que sostiene que “el inconsciente es el discurso del Otro”–. Ahora bien, a este acto de recibir un mensaje invertido, que altere lo que se quiso decir con un nuevo sentido, Peusner le añade una cláusula suplementaria: “uno recibe su propio mensaje en forma invertida desde el lugar del Otro pero si uno quiere” (Peusner, 2006, 51), es decir, es preciso que la puesta en forma del tratamiento implique cierta apertura o disposición por la cual aquello que Lacan llamaba “el poder discrecional del oyente” no sea negado. ¿Cuánto tiempo lleva convencer a un analizante de que su acto fallido quiso decir algo? Y, hoy en día, cuando los consultantes vienen en la primera sesión con un sueño bajo el brazo –producto de la difusión masiva del psicoanálisis–, ¿qué maniobras no es preciso realizar para que ese “fenómeno psicológico” (un sueño) se transforme en una “formación del inconsciente” (un relato que interpele a quien lo cuenta)?

El niño analizante

En la clínica psicoanalítica (de orientación lacaniana), a aquella operación por la cual alguien condesciende a preguntarse por el sentido de aquello que dice se denomina “rectificación subjetiva”. Esta ope-

ración es definida por Lacan en su escrito “La dirección de la cura y los principios de su poder” (1958) en los siguientes términos: “[Se] empieza por introducir al paciente a una primera ubicación de su posición en lo real [...]. He subrayado desde hace mucho tiempo el procedimiento hegeliano de esa inversión de las posiciones del ‘alma bella’ en cuanto a la realidad a la que acusa. No se trata de adaptarla a ella, sino de mostrarle que está demasiado bien adaptada, puesto que concurre a su fabricación.” (Lacan, 1958, 576).

En este contexto, Lacan cuestiona la posición básica de aquel que consulta: la queja. Así es que asimila esta actitud a la del “alma bella”, figura de la filosofía que apunta a destacar esa situación en la cual se denuncia el mal que hay en el mundo sin reconocer la complicidad que se tiene en dicho estado de cosas.

En definitiva, se trata de una paráfrasis de aquello que Freud llamaba “política de la avestruz”. Para que pueda iniciarse un análisis es preciso que el padecimiento implique al ser hablante, es decir, que quiera saber algo acerca de la causa de su malestar, en un punto en que este último le concierne. Habitualmente, esta referencia a la “implicación” suele entenderse en términos yocicos –sin duda, el término “rectificación” se presta a confusión, ya que Lacan lo toma de un comentario de un colega de su época–. Sin embargo, no se trata de que la persona se “haga cargo” –para utilizar otra expresión corriente hoy en día– de lo que le ocurre, o bien se identifique superyoicamente a través de la culpa con su padecer.

De acuerdo con lo planteado en el argumento de Peusner, el psicoanálisis es una invitación a descubrir la “irresponsabilidad” del ser hablante, que puede sorprenderse en el acto de habla al decir más (menos, o bien algo diferente) que aquello que quiso decir. De este modo, quien habla como analizante –la puesta en forma que requiere el comienzo del tratamiento– se expone a dejar a un lado la salvaguarda narcisista de sus dichos. A un analizante no se le pide que sepa de antemano lo que quiere decir, o bien que lo piense dos veces antes de decirlo, sino que deje a un lado la lógica aristotélica del principio de contradicción y se atreva a que el lenguaje haga su trabajo de división subjetiva.

Ahora bien, este proceso de instalación del dispositivo que, en el caso de un adulto, toma algún tiempo, en los niños es prácticamente un punto de partida –aunque, eventualmente, los niños también hablen con las cláusulas narcisistas de los adultos–. Dicho de otro modo, ¡no hay un equivalente de la rectificación subjetiva en el caso de los niños, dado que ellos no desconocen la posición enunciativa! En todo caso, aquí la distinción entre “niño” y “adulto” es un hecho de lenguaje, una situación discursiva que permite asestar un primer golpe a la idea de que la diferencia entre niños y adultos sea una cuestión de cronología o psicología evolutiva. Por esta vía, puede entenderse también por qué suele hablarse de “regresión” en la clínica psicoanalítica. No se trata de que el adulto comience a comportarse como un niño, sino de que asuma un lenguaje infantil, o mejor dicho, que retome las condiciones infantiles del hablar analítico.

De este modo, el lenguaje infantil vale tanto para el niño como para el adulto: “Lacan trabaja con la idea del lenguaje infantil en el adulto. Nos dio vuelta la lógica, porque veníamos hablando del lenguaje infantil en los niños. Indica que para llevar adelante un análisis con un adulto, el modo de acceso a lo que el análisis busca alcanzar [...] es por la vía del lenguaje infantil en el adulto: un lenguaje en el que ‘que se diga’ no ‘quede olvidado’, un lenguaje ante el cual el sujeto humano hablante asume que no sabe lo que dice pero que lo dice, un lenguaje que no esté sometido a la lógica fundamentada desde el triple principio aristotélico.” (Peusner, 2006, 50)

Asimismo, Peusner destaca una cuestión capital para el analista interesado en reflexionar acerca de su posición para promover este

tipo de discurso: “Para que el lenguaje pueda considerarse así, hace falta cierta posición del analista que favorezca tales características. Digamos que en análisis nadie ‘habla’ lenguaje infantil, sino que el lenguaje se convierte al lenguaje infantil a través de la posición del analista. En la perspectiva lacaniana, nadie habla el lenguaje infantil cuando está solo (ni siquiera un niño); para que así ocurra, debe estar presente la instancia de un Otro dispuesto a habilitarlo.” (Peusner, 2006, 50)

Para dar cuenta de este aspecto, Peusner menciona el caso de un niño, Juan Pablo (9 años), quien le cuenta a su analista que un amigo sabe la fórmula para hacerse invisible. Para este amigo, la receta requiere ponerle ciertos ingredientes (ojos y una sustancia que viene en los juegos de química). El propósito de convertirse en invisible era muy específico: meterse en el baño de las mujeres y verlas desnudas. En este punto del relato, Juan Pablo asocia con la película *Misión imposible 2*, en la que los personajes usan máscaras, y dice que estas le permitirían desaparecer bajo la forma de otro. “Podría robar cosas y que le echen la culpa a otro. Podría robar un banco. Puedo robar un bebé”, afirma Juan Pablo.

En este punto, el analista destaca que su posición radica en sostener ese discurso asociativo, sin confrontar al niño con el valor moral de sus ideas, ni con la realidad; antes que intervenir en función de los contenidos del decir, su intervención estuvo dirigida al acto enunciativo mismo. “¿Y para qué querés un bebé?”, preguntó el analista.

Conclusión

Para concluir, luego del rodeo anterior en torno a la regla fundamental –en el que hemos destacado de qué modo el niño admite una posición privilegiada para la práctica del psicoanálisis–, puede afirmarse que, si bien la clínica con niños es renuente al planteo de preceptos universales y para todo uso, sin embargo existen ciertas coordenadas estructurales que permiten una orientación para el analista a la hora de reflexionar sobre su posición en este dispositivo singular. A estos invariantes clínicos indispensables dedicaremos futuros trabajos.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1912) “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” en *Obras completas*, Vol. XXI, Buenos Aires Amorrortu, 1994.
- Freud, S. (1913) “Sobre la iniciación del tratamiento” en *Obras completas*, Vol. XII, op. cit.
- Lacan, J. (1958) “La dirección de la cura y los principios de su poder” en *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- Lacan, J. (1977) “Cierre de Jornadas de la E.F.P: ‘Los matemáticos del psicoanálisis’” en *Letres de l’École*, No. 21, Paris.
- Lacan, J. (1978) “Conclusiones del 9º Congreso de Paris de E.F.P” en *Letres de L’Ecole*, No. 25, Paris.
- Peusner, P. (2006) *Fundamentos de la clínica psicoanalítica lacaniana con niños*, Buenos Aires, Letra Viva.